



+ José Miguel Gómez Rodríguez
Arzobispo de Manizales

HOMILÍA EN LA TOMA DE POSESIÓN CANÓNICA DE LA ARQUIDIÓCESIS DE MANIZALES

5 de junio de 2021

Excelentísimo Monseñor Luis Mariano Montemayor,
Nuncio Apostólico de Su Santidad el Papa Francisco,
Excelentísimos y Reverendísimos Señores Arzobispos y Obispos,
Señor Luis Carlos Velásquez Cardona,
Gobernador del Departamento de Caldas,
Señor Carlos Mario Marín Correa, Alcalde de Manizales,
Distinguidas Autoridades Civiles, Militares y de Policía,
Venerable Capítulo Catedralicio, Reverendísimo y Amado Presbiterio Arquidiocesano,
Muy queridos sacerdotes que nos acompañan,
Reverendísimos y muy queridos religiosos y religiosas,
Señores Diáconos permanentes,
Señores seminaristas,
Mis muy queridos familiares y amigos,
Amadísimos fieles todos de la Arquidiócesis de Manizales:

A Ustedes, los aquí presentes, a los representantes de los medios de comunicación que nos hacen posible llegar a muchos hermanos más y a todos los que nos siguen por los medios y por las redes sociales, un saludo lleno de afecto pastoral, de alegría y de esperanza, en el Señor. Saludo y agradezco, en la distancia, a mi venerado predecesor, el Excelentísimo Monseñor Gonzalo Restrepo Restrepo, Arzobispo Emérito de Manizales. Saludo con especial afecto y gratitud al Padre Efraín Castaño Arboleda, hasta hoy Administrador Diocesano, a Monseñor Horacio Gómez Orozco y a los demás sacerdotes que no nos pueden acompañar por motivos de salud.

Congregados por Dios, absolutamente Único y Eterno, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad de Personas distintas y un solo Dios vivo y verdadero, que “habló a nuestros antepasados muchas veces y de muchas formas... y que en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio de su Hijo...”,¹ abramosle a Él las puertas de nuestros corazones y de nuestra historia, con la misma cordialidad con la que se vive el lema de esta ilustre y nobilísima ciudad, y dispongámonos para tributarle a Él y solo a Él el reconocimiento cumplido, la más excelsa Gloria y la gratitud admirada de quienes saben que todos los bienes, también el don inestimable de la auténtica sucesión apostólica, se reciben de su infinita misericordia.

Esta santa celebración nos permite disfrutar por anticipado de la liturgia celestial que la Iglesia triunfante celebra en la Jerusalén celestial, en la presencia de la majestad divina.² Esto quiere decir que nosotros, aquí y ahora, con los ángeles, con los santos y con la “gran multitud” de aquellos que

¹ Heb 1,1-2

² Cf. SC 8

ya están “ante el trono de Dios y ante el Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en las manos”,³ adoramos y bendecimos al Padre que ha dispuesto todas las cosas con misericordia y las ha ordenado providentemente para que podamos vivir juntos este acontecimiento de gracia; alabamos y reconocemos en la fe al único Sumo y Eterno Sacerdote, Dios y hombre verdadero, mediador perfecto entre el cielo y la tierra, nuestro Señor Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia, quien “asocia... a su amadísima esposa la Iglesia” en la acción litúrgica, por la cual “Dios es perfectamente glorificado y los seres humanos santificados”,⁴ y ofrecemos nuestro tributo más sentido al Paráclito Divino, sabiendo que es Él quien, como vínculo vivo de comunión, hace posible el misterio que nos congrega, dando eficacia a nuestra celebración y que es Él quien seguirá acompañando y dirigiendo esta nueva etapa en la vida de la Arquidiócesis.

Dispongámonos, entonces, para oír lo que Él le dice a la Iglesia.⁵

EL DON DE LA SUCESIÓN APOSTÓLICA

El Señor “llamó a los que quiso... e instituyó a los Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar.”⁶ Ellos respondieron a esta llamada personal y fueron instruidos por el Hijo de Dios encarnado en Persona, durante un tiempo importante. Ellos fueron los primeros sorprendidos por la *magnífica noticia* de la llegada del Reino de Dios y los primeros en ser educados por las enseñanzas de Aquél a quien reconocieron como Mesías, Palabra de Dios,⁷ Maestro y Señor.⁸ Llegaron a ser los testigos privilegiados⁹ de todo lo que Jesús dijo e hizo y pudieron apreciar la simpatía, la preocupación sincera y la ternura que Jesús desplegó para con los pobres, los enfermos, los pequeños y los pecadores. Captaron que, en Cristo, la misericordia del Padre se acercaba y se ofrecía a la humanidad de manera nueva, definitiva e irreversible. Ellos vieron con sus propios ojos los signos y prodigios por los cuales Jesús reveló su identidad más profunda, su intimidad con Dios y su deseo de hacer evidente ante todos que el mismo que había liberado a Israel del poder del Faraón “con mano poderosa y con brazo extendido”¹⁰ se había hecho, desde ese momento y para siempre, sin menoscabo de su majestad y por puro amor, uno más de nuestra raza y el mediador por el cual nosotros y la humanidad entera, “libres de temor, arrancados de las garras de los enemigos”, podríamos servir a Dios “con santidad y justicia, en su presencia, todos nuestros días”.¹¹

En la compañía de Cristo, los Apóstoles aprendieron que, cuando se trata de sus designios de salvación, Dios siempre tiene la iniciativa. Ellos, en efecto, no fueron los que eligieron el camino del seguimiento de Cristo ni el estado apostólico. Ellos fueron elegidos.¹² El Señor los llamó gratuitamente, es decir, sin mérito de su parte, para que estuvieran con Él y compartieran su intimidad, y para que vivieran una vida parecida a la de Él, como verdaderos amigos suyos, amigos que saben lo que Él hace y a quienes Él les cuenta todo lo que oye de su Padre. Ellos, por su parte,

³ Ap 7,9

⁴ SC 7

⁵ Cf. Ap 2,7.11.17.29; 3,6.13.22

⁶ Mc 3,13.14

⁷ Jn 1,1.14.1Jn 1,1; Ap 19,13

⁸ Jn 13,13-14 y muchas recurrencias del título “Maestro”

⁹ Cf. Lc 24,48; Hch 1,8; 2,32; 3,15; 5,32; 10,39.41; 13,31; 1Cor 15,5

¹⁰ Dt 4,34; 5,15; 7,19; 11,12; 26,8; 1Re 8,42; 2Cro 6,32; Sal 89,13; 136,12; Jer 32,21; Ez 20,33-34

¹¹ Lc 2,74-75

¹² Cf. Jn 15,16

comprendieron que para ser amigos de Cristo y para producir el fruto que Él espera de ellos, hay que permanecer en Él y cumplir sus mandatos.¹³

Con todo, el misterio que en aquel entonces se desplegó ante los ojos de los Apóstoles desbordó toda humana expectativa porque era la revelación y la intervención definitivas del amor y del poder de Dios, la realización de la obra más perfecta de liberación que el ser humano hubiera podido recibir como gracia y el establecimiento de la nueva y eterna alianza entre Dios y la humanidad, en Cristo. Por eso ellos, a quienes el mismo Señor llamó “*los amigos del Esposo*”,¹⁴ fueron los primeros convidados del *banquete de bodas del Cordero*¹⁵ y hechos testigos privilegiados del acto por el cual “Jesús, sabiendo que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo...”¹⁶ Así, desde esos tiempos, el ministerio apostólico tiene que ver primero que todo con el testimonio vivo y vivificante del misterio pascual de Cristo, consistente en su muerte, ofrecida como sacrificio de expiación y comunión perfectas, y en el acontecimiento único de su resurrección corporal, respuesta definitiva a los interrogantes más profundos que albergan los corazones de los seres humanos, cumplimiento definitivo de todas las promesas, inauguración del triunfo de todos los que luchan por llevar una vida digna en este mundo, prenda y garantía de la renovación profunda de la humanidad por la posibilidad lograda de la reconciliación perfecta con Dios, Creador y Padre.

La historia nos enseña que desde el mismo día de la Pascua y cuando ellos no acababan de salir del estupor provocado por la aparición del Resucitado,¹⁷ los Apóstoles comenzaron a comprender que habían sido elegidos de antemano para dar testimonio del realismo de la resurrección de Aquél que había estado verdaderamente muerto y sepultado, pero que ahora se hacía presente en medio de ellos, resucitado y glorioso, para comunicarles la paz que el Padre había prometido como sello de los tiempos mesiánicos, para resolver cualquier duda sobre la corporeidad real de su resurrección de entre los muertos y para darles instrucciones precisas sobre la Iglesia que brotaba de su costado transfijo y de la entrega del Espíritu Santo, arras nupciales de la alianza definitiva de Dios con la humanidad. En los días que siguieron al acontecimiento de la Pascua, para completar su formación y para fortalecerlos para la misión que en ese momento comenzaba, Jesús “se les presentó en persona... dándoles numerosas pruebas de que estaba vivo. Se les apareció durante cuarenta días y hablaron acerca del reino de Dios.”¹⁸

Por su parte, el Espíritu Santo, derramado sobre toda la humanidad por el Misterio Pascual de Cristo, se constituyó en el testigo interior comunicado por la gracia a todo creyente y enseñó que el testimonio de los Apóstoles se habría de perpetuar hasta el final de los tiempos. Tal como Cristo lo había anunciado, Él se reveló como testigo de Cristo y de su obra salvadora.¹⁹ Así, los Apóstoles pudieron afirmar con toda solidez que ellos personalmente y “el Espíritu Santo que Dios da a los que le obedecen”,²⁰ son los portadores tanto el testimonio de Jesús y de su muerte y resurrección, como el anuncio de la magnífica noticia de la cercanía inédita de la misericordia infinita del Padre y de la presencia permanente en la Iglesia de los misterios de nuestra salvación. En este sentido, la fe apostólica y lo que llamamos en la Iglesia “depósito de la fe” resplandecen por la riqueza infinita del Espíritu, Testigo Divino, que le ayuda a la Iglesia a conservar las memorias de los Apóstoles, pero

¹³ Cf. Jn 15,14-15

¹⁴ Cf. Jn 3,29 (Mt 9,15; Mc 2,19; Lc 5,34)

¹⁵ Ap 19,9

¹⁶ Jn 13,1

¹⁷ Cf. Lc 24,41

¹⁸ Hch 1,3

¹⁹ Cf. Jn 15,26

²⁰ Hch 5,32

que además es el testigo primero que palpita con su testimonio en el corazón de cada creyente, actualizando las riquezas de la obra de Cristo, del amor que el Padre le ofrece a la humanidad y del misterio de la unidad que Él le regala a la Iglesia para que garantice su condición de Una, Santa, Católica y Apostólica.

En función de la misión y para cumplir a cabalidad el mandato del Señor, los Apóstoles, como lo refiere el Nuevo Testamento, instituyeron a otros varones con igual autoridad y funciones en la Iglesia; y los llamaron Obispos. También establecieron colaboradores sagrados de diverso orden para el servicio del culto y del gobierno de la Iglesia, a quienes denominaron *presbíteros*, y para el servicio de la caridad, a quienes denominaron *diáconos*. Desde entonces, o sea, desde Pedro y los Doce hasta nuestros días, la historia de la Iglesia Una, Santa, Católica y Apostólica puede demostrar una sucesión ininterrumpida de obispos, que se llama el Colegio Episcopal, al cual pertenecen todos los Obispos en comunión con el Romano Pontífice. Estos, como los Apóstoles y los Obispos que ellos establecieron, presiden cada Iglesia Particular y garantizan su comunión en la caridad, con Pedro y bajo la autoridad de Pedro. De esta manera, hay que afirmar con claridad y sin ambages que la Iglesia de Cristo subsiste donde se encuentren hoy los sucesores de los Apóstoles, en comunión y obediencia al Sucesor de Pedro, el Papa Francisco.

Desde los orígenes hasta nuestros días, la misión del Obispo sigue siendo la misma. A él le corresponde, en el Espíritu Santo y por su gracia, ser testigo personal y vivo de la Muerte y la Resurrección corporal de Cristo, principio de la comunión católica, animador de la misión de la Iglesia y estímulo para que el Rebaño entero crezca en la fe, la esperanza y la caridad. El CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, citando frases del Concilio Vaticano II, afirma que el Obispo, por la “consagración episcopal, recibe *la plenitud del sacramento del Orden*. De hecho, [al episcopado] se le llama, tanto en la liturgia de la Iglesia como en los Santos Padres, “sumo sacerdocio” o “*cumbre del ministerio sagrado*” (LG 21). “La consagración episcopal confiere, junto con la función de santificar, también las funciones de enseñar y gobernar [...]. En efecto, por la imposición de las manos y por las palabras de la consagración se confiere la gracia del Espíritu Santo, que marca al elegido con carácter sagrado. En consecuencia, los obispos, de manera eminente y visible, hacen las veces del mismo Cristo, Maestro, Pastor y Sacerdote, y actúan en su nombre (*in eius persona agant*)” (Lg 21).” Y asegura que “el Espíritu Santo que han recibido ha hecho de los obispos los verdaderos y auténticos maestros de la fe, pontífices y pastores” (CD 2).²¹

Demos gracias al Padre Providente que nos ha permitido vivir juntos, hoy, el acontecimiento de la sucesión apostólica, asegurándonos una vez más que Cristo, el Señor, está y estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo.

LLAMADOS A VIVIR COMO IGLESIA EN EL MISTERIO DE LA ALIANZA

Cuando el Altísimo decidió la creación de la familia humana pensó en darnos una vida como la suya y en compartir con nosotros su alegría, por pura gracia. Pero la libertad finita de la creatura humana fue incapaz de mantenerse en fidelidad a Dios y confundió lo que verdaderamente la hacía libre con la búsqueda afanosa del propio yo y las limitaciones resultantes. Por eso, desde el primer momento, Dios anunció que enviaría un salvador y muy pronto comenzó a prepararse un pueblo para que se educara en los misterios de la alianza.

Los profetas recordaron al pueblo, como lo escuchamos en la primera lectura, que Dios nuestro Señor quiere compartir con nosotros una relación comparable solo con el matrimonio.

²¹ CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, 1557-1558

Entre otros misterios nos revela que Él quiere experimentar con nosotros, que somos su pueblo, la alegría que encuentra el esposo con su esposa. Israel no fue capaz de reaccionar con plena fidelidad a esta propuesta y se apartó de tal manera del primer mandamiento que el conjunto de la revelación del Antiguo Testamento deja pendiente el cumplimiento de estas profecías. Solo por la entrega total de Cristo en la Cruz, y por su Sangre, había de sellarse el pacto definitivo, nuevo y eterno. Esta alianza es la que da origen a la Iglesia como Esposa y como nueva familia de Dios, con la que Dios se regocija. Por eso, quienes acogen la Palabra de Dios y se convierten descubren que su alegría es completa cuando comparten la alegría de Dios.

En el libro del Apocalipsis, San Juan nos propone que contemplemos estas verdades en el gran signo de la “mujer vestida del sol, con la luna bajo sus pies y una corona de doce estrellas sobre su cabeza”.²² Las doce estrellas dicen que Ella representa al Pueblo de Dios, al de las doce tribus, en el Antiguo Testamento, y al de los Doce Apóstoles, en el Nuevo Testamento. Los versículos finales de este bellissimo texto hablan de la historia de esa mujer, llevada al desierto, es decir, al lugar en el que la Iglesia vive como en los tiempos del amor más grande, cuando Dios cuidaba con su propia mano de su Pueblo alimentándolo y dándole de beber. La visión enseña a Juan que el enemigo se reconoce cuando quiere acabar con el desierto vomitando agua sobre él. Sin embargo, las condiciones de lo creado y finito no logran igualar al paraíso y por eso se dice que la tierra misma sume esas aguas de iniquidad. El enemigo no logra su propósito porque Dios da a la mujer los auxilios de su Gracia y Ella descubre que tiene que vivir entre las vicisitudes de una historia normal, con avances y retrocesos, con no pocos sobresaltos y con las consolaciones que corresponden a estos tiempos. Esa misma mujer, en los últimos capítulos del Apocalipsis, aparecerá de nuevo pero ya libre de las luchas presentes y dispuesta para la consumación de su unión con Cristo, felizmente dispuesta y ataviada como una novia que se adorna para su esposo.

Quisiera hacerles notar que nuestra lectura del Apocalipsis comienza hoy con el versículo final del capítulo once, en el que se abre el templo de Dios que está en el cielo y se ve el arca de la alianza. Con estas frases se pone un contexto teológico muy interesante a la aparición de la gran señal de la mujer y se indica que ella nos va a hablar de manera privilegiada sobre la alianza de Dios con la humanidad. Esa mujer es la madre del “hijo varón que ha de regir a las naciones con cetro de hierro” y también de otros, identificados como “el resto de sus hijos”, identificados como “los que obedecen los mandamientos de Dios y mantienen el testimonio de Jesús”. De tal manera que, sin apartarnos de la primera afirmación sobre la mujer que representa al Pueblo de Dios, vemos que también representa también a María, la Madre Inmaculada vestida del sol, o lo que es igual, llena de Gracia. Esa mujer simboliza a la madre de Aquél que es la Cabeza y, simultáneamente, representa a la madre de todos los que fueron engendrados por el sacrificio de Cristo en la Cruz.

En esta “gran señal” se enseña que María y la Iglesia se identifican sin confundirse, siendo la primera, por su sí libérrimo e inmaculado, el molde y modelo de la segunda. María, discretísima, como aparece en el Evangelio. Y la Iglesia resplandeciente, sin mancha ni arruga porque fue purificada y hecha fecunda en el Misterio Pascual del Redentor. Una y otra dignísimas de nuestro amor y devoción filiales, hasta el punto de dar nuestras vidas por ellas. Una y otra motivo de nuestra existencia terrena y garantía segura de vivir en la comunión católica. María nos enseña las disposiciones necesarias para ser discípulos del Señor y para gozar de la plenitud de la alegría de la alianza, tal como la contemplamos en la primera lectura.

Es importante que recordemos que la profecía que escuchamos tiene un contexto evangelizador. Los primeros versículos de esa unidad literaria señalan que la alegría del profeta depende de su llamado a comunicar las bondades del amor divino. Él es un verdadero evangelizador

²² Ap 12,1

del amor de Dios, cuya experiencia de fe es la de la dichosa plenitud del amor, y por eso propone el amor de la alianza con estas claves nupciales tan explícitas. A quienes lo escuchamos hoy nos debería quedar la sensación de ser llamados a vivir esa alegría en el seno de la comunidad cristiana y a seguir invitando a muchos a compartir con nosotros esta dicha. Pero, sobre todo, deberíamos, de una vez por todas, optar por una vida y una acción que dé a Dios las más grandes alegrías. Es importantísimo que sepamos que podemos complacer a Dios con nuestra vida así como lo podemos contristar con nuestras incoherencias.

La nueva y eterna alianza inaugurada con el sacrificio salvador de Cristo y con su resurrección gloriosa se actualiza en el aquí y ahora de nuestras asambleas y de nuestra historia. Pero todavía no ha llegado a su plenitud y sus signos a veces parecen lejanos del mundo en el que vivimos. El programa pastoral de nuestra Arquidiócesis es el de Cristo y el de la Iglesia y tiene que ver con la construcción de un mundo mejor en el que reine Dios y en el que los signos de su reinado sean *la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu Santo*.²³ Con ese horizonte a la vista, desde la realidad que vivimos y por el camino del discernimiento, definiremos juntos los programas más pertinentes para continuar nuestra travesía por el desierto de la historia, en radical dependencia del Único que alimenta a su pueblo con el verdadero Pan del Cielo.

El Evangelio de hoy nos pone en el tiempo del discipulado concreto, en el que la única inversión que vale la pena consiste en posponer todos los afectos, incluso los más legítimos, en aras del Reino de Dios. Nos toca renunciar a todo lo que nos impida el seguimiento de Cristo, tomar la cruz de cada día y seguirlo a Él que es el único que garantiza la esperanza. La verdadera sabiduría está en reconocer lo que sirve y lo que no sirve para realizarnos como personas y como sociedad.

Demos gracias al Hijo Eterno encarnado, Mesías esperado y Esposo de la humanidad nueva rescatada por su Sangre. Él glorifica al Padre por nosotros y en nosotros, y nos asegura que podemos y debemos ser la alegría de Dios, en el misterio esponsal de la Alianza, viviendo con Él en amor y fidelidad constantes.

EL EJERCICIO PASTORAL EN DIÁLOGO FRATERO, COMUNIÓN Y PARTICIPACIÓN

Los Apóstoles cumplieron el mandato de Cristo y se dedicaron a anunciar lo que habían visto y oído, a acoger la gracia de las conversiones que este anuncio suscitaba, a congregar en comunidades a los que llegaban a la fe y a enseñarles todo lo que el Señor Jesucristo les había enseñado. De esta manera, comenzando por las sinagogas y por sus vecindarios, fueron estableciendo comunidades cristianas que, poco a poco, por su testimonio arrebatador, se extendieron tanto en Oriente como en Occidente. La historia que sigue a esa primera oleada evangelizadora demuestra que la Iglesia llegó a ejercer un influjo notable en las sociedades, en cuyos monumentos y memorias se reconocen los testimonios de progreso y civilización que aportó el cristianismo, tanto al nivel del pensamiento y las humanidades como al nivel técnico y artístico. Es imposible ocultar hoy en día que pudo haber abusos, incluso institucionales, pero también es imposible ocultar que, purificados y suprimidos, más allá de esas dificultades, los buenos cristianos han sido, como lo previó el único fundador de la Una, Santa, Católica y Apostólica, levadura santa que ha hecho crecer todo lo que toca y fermenta.

Leemos la historia de la llegada de la Iglesia de Cristo a nuestras tierras con esta perspectiva, razonable y ampliamente documentada, desde la esperanza y con caridad. Sabemos y nunca ocultaremos que el encuentro de las dos culturas tiene muchos episodios oscuros y que la

²³ Cf. Rom 14,7

evangelización de los primeros pobladores de estas tierras se llevó a cabo entre luces y sombras. Sin embargo, damos gracias a Dios por la fe católica y sabemos que todo lo que merece ser puesto ante el trono de la Majestad divina para implorar su perdón, tiene su origen, no en el Don inestimable de la Fe Católica, sino en ese misterio de iniquidad que ingresa en la historia humana por vía de nuestras faltas de fe, esperanza y caridad. Ninguna cultura es, en principio, ajena ni impermeable al Evangelio y, por lo tanto, al reinado soberano de Cristo y de su Palabra.

Pero antes de proponer algunos elementos de índole mucho más existencial, es importante que recordemos que la llegada de la fe católica a estos valles y montañas, que dan su fisonomía y atractivo inolvidables a los departamentos de Caldas, Risaralda y Quindío, continúa inequívoca los caminos que el Espíritu Santo señaló a los Apóstoles y sus Sucesores en los Hechos de los Apóstoles. En ese entonces llevó a Pedro desde Jerusalén hasta Samaría, Antioquía y Roma, consagrada sede de sus Sucesores en el ministerio por su martirio; animó y condujo a Bernabé y a Pablo desde Antioquía hacia Chipre y a las demás ciudades del Mediterráneo, hasta dejar a Pablo en la capital del Imperio, donde fue decapitado después de haber establecido varios Obispos como sucesores; y llevó a los demás hacia los cuatro puntos cardinales para que la Iglesia se difundiera hasta llegar a los confines de la tierra.

El ardor misionero de esa primera generación llevó la fe católica hasta España, en el extremo Occidente, implantando allí a la Iglesia desde el primer siglo. La fe católica fue predicada con celo desde entonces por el Apóstol Santiago y otros dignísimos Sucesores de los Apóstoles. Siguió la historia su curso y cuando el Señor dispuso que llegara el tiempo de la misión en América, otro Sucesor de los Apóstoles, el Arzobispo Metropolitano de Sevilla, fue el encargado de enviar los misioneros y de proveer de pastores a las comunidades que iban naciendo. Muy pronto, las conversiones y la necesidad pastoral dieron al Sucesor de Pedro la pauta para la erección de nuevas diócesis y arquidiócesis y para el envío de otros Obispos, Sucesores legítimos de los Apóstoles. Estas agrestes y féculas tierras fueron porción del territorio de la diócesis de Lima hasta 1546 y de allí en adelante, de Popayán y de Santa Fe de Antioquia, hasta cuando finalmente fuimos constituidos como Iglesia Particular en el año 1900.

Nos congregamos hoy, en esta sacrosanta Iglesia Catedral Basílica de Nuestra Señora del Rosario por obra del mismo Espíritu que se ha encargado de animar y garantizar la Sucesión Apostólica y la Tradición Católica desde sus primeros pasos hasta hoy. Que sea Él quien nos ayude a asumir esta misión con fidelidad entusiasta y con dócil sumisión a sus inspiraciones para que esta ilustre sede metropolitana, sus fieles y sus pastores, sigamos en todo los caminos de la voluntad divina. Este es el principio eclesial de nuestro plan de pastoral y el núcleo del cual brotarán todos los programas que con fervoroso compromiso y en espíritu sinodal, es decir, en fraterna cooperación, llevaremos a cabo. Seguimos el criterio fundamental que San Juan Pablo II nos recuerda, es decir, que “no se trata de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar, para vivir en él la vida trinitaria y transformar con él la historia hasta su perfeccionamiento en la Jerusalén celeste. Es un programa que no cambia al variar los tiempos y las culturas, aunque tiene cuenta del tiempo y de la cultura para un verdadero diálogo y una comunicación eficaz. Este programa de siempre es el nuestro para el tercer milenio.”²⁴ Y asumimos como nuestras las prioridades pastorales que el mismo santo nos propone para el tercer milenio, entre otras cosas, porque son las líneas de acción de los creyentes de siempre.

Sin embargo, la tarea pastoral tiene otro principio perennemente válido que es la realidad social en la que se lleva a cabo la tarea evangelizadora. El contexto actual se presenta como un

²⁴ NOVO MILLENNIO INEUNTE, 29

mundo de oportunidades y de desafíos que la Iglesia tiene que asumir con coherencia y decisión. Por eso, sin ser Ella misma política, reconoce que es actor político y social de primer orden y que su vida no puede limitarse a sacristías y grupos piadosos. La Iglesia existe en el mundo para que el mundo sea mejor, según el mandato de Cristo. Y esto exige acciones peculiares, lejanas de todo partidismo, pero profundamente comprometidas con los pobres, los que sufren, los que pierden la esperanza y los que son aislados por el egoísmo de los demás. Conviene que recordemos en este punto que, entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XVI, “por las Leyes Nuevas de 1542... todo obispo estaba investido del título de protector de indios” y que los que quisieron “sacudirse la intromisión de la Iglesia que lesionaba sus intereses económicos y políticos” fueron los encomenderos” y no los nativos.²⁵ Hoy, como siempre, por la iniquidad que reside en los corazones no evangelizados integralmente, los seres humanos nos causamos dolor los unos a los otros. Y la labor social de la Iglesia se centra, entonces, en hacer presente en cada tiempo y en cada lugar al Buen Samaritano que se compadece de nosotros y que, realizando por nosotros acciones concretas, nos cura y vendar las heridas, nos ubica en la posada y nos reconduce a la vida.²⁶

Entre los muchos fenómenos que requieren urgente acompañamiento pastoral destaco tres que seguramente ocuparán nuestra reflexión, exigirán nuestro discernimiento de fe y darán forma a nuestro compromiso social en el mundo.

1º. La compleja situación social que estamos viviendo

Lo que hemos vivido durante las últimas semanas en el país involucra a todos los colombianos y a todas las instituciones nacionales. En lo que hemos vivido se percibe inevitablemente una estrategia premeditada que mezcla reclamos universalmente aceptables con procedimientos universalmente repudiables, con distintos frentes de acción, preparados y ejecutados de acuerdo con un plan que busca suprimir el uso de la razón rectamente iluminada, incapacitándola para pensar con serenidad qué es lo que se puede y qué lo que no se puede llevar a cabo en las circunstancias concretas del país. Los ánimos se suben y las agresiones se vuelven expresión de una estado de alma que pone en riesgo nuestra convivencia presente y futura. Por una parte, en medio de todo este caos resuena con fuerza la voz del Señor que nos llama a salir de la indiferencia y a ponernos decididamente del lado de los pobres y postergados. Reconocemos que los hemos descuidado y queremos una conversión sincera y definitiva a ellos y a sus necesidades y anhelos concretos. Pero, por la otra, un grupo considerable de personas se han dedicado a destruir los bienes públicos y privados con una rabia que no puede ser el principio de una solución y que, sin embargo, muchos parecen aplaudir. Las instituciones que analizan este fenómeno lo están haciendo, en su mayoría, solo con estadísticas. Pero lo que estamos viviendo desborda enormemente los números. Es un problema moral. Y quienes quieran comprender mejor el fenómeno tienen que buscar sus causas reales en escuelas de pensamiento establecidas desde principios del siglo pasado, en grupos económicos que no pueden diversificar sus ingresos sin anular el concepto racional del ser humano como es en sí mismo y en organizaciones internacionales surgidas para diseñar y acompañar estas estrategias.

De todas maneras, tenemos que hacer algo y tenemos que hacerlo interinstitucionalmente. Con gusto les anuncio que ya he dado pistas sobre este propósito nuestro a las muy distinguidas autoridades civiles que nos acompañan. Y a todos los fieles de la Arquidiócesis de Manizales les pido que nos ayuden en el propósito de encontrar caminos que devuelvan la paz y la cordura a la nación, con los cuales se priorice la atención de las problemáticas sociales más agudas y se retorne a los

²⁵ Albeiro Valencia Cano: PRIMEROS PASOS DE LA IGLESIA EN CALDAS; en: DEVOCIÓN Y SERVICIO, ARQUIDIOCESIS DE MANIZALES, por el Rev. Mons. Horacio Gómez Orozco (compilador), pág. 34.

²⁶ Cf. Lc 10,29-37

senderos de la verdad, la justicia, la misericordia y la caridad. Que cada creyente y cada familia creyente pongan inmediatamente en práctica el programa de las obras de misericordia.

2º. Final de la pandemia y post pandemia

Como nos lo recordó sabiamente el Papa Francisco, esta experiencia nos puso a todos los seres humanos en el mismo riesgo, recordándonos que vamos juntos y en la misma barca. Es muy posible que muchos, ocupados demasiado en sus propios asuntos, no reciban este mensaje, pero la Arquidiócesis de Manizales quiere ser fiel a lo que le dice el Espíritu. Estamos llegando a lo que parece el final de la pandemia, gracias a la ayuda de Dios y a las asombrosas posibilidades de la ciencia y de la técnica actuales. Quedan muchas preguntas y quedan muchos retos por delante. La pandemia es un problema de salud que nos recuerda que la salud pública es un elemento esencial del entramado social y que la humanidad tiene que reaccionar responsablemente en bloque contra esta amenaza.

En concreto, la labor evangelizadora y pastoral de la Iglesia, al escuchar al Señor que nos asegura su presencia en los enfermos y que lo que hacemos por ellos se lo hacemos a Él,²⁷ siempre ha considerado que la atención de los enfermos y la prevención en salud son una de sus actividades más importantes. Pero, de la misma manera como en el primer punto, esta misión se hace mucho más eficaz en todo sentido y convierte en un aporte mucho más concreto a la sociedad cuando se puede llevar a cabo en comunión con las autoridades, las instituciones y los profesionales en salud. Hago un reconocimiento hoy a las instituciones que se han preocupado por mantener constantemente los servicios de capellanía, seguro del aporte importantísimo que los sacerdotes han hecho a la recuperación de sus pacientes. Y pido a las autoridades que afiancemos nuestros lazos interinstitucionales, de tal manera que podamos llevar a cabo programas conjuntos por el bien de los que sufren.

3º Los jóvenes son un “signo de los tiempos”

La pastoral de la Iglesia emplea la expresión “signo de los tiempos” como término técnico. Significa que la realidad a la que se refiere tiene despliegue e importancia universales, tan impactantes, que deja percibir en sí misma un llamado de Dios. En otras palabras, lo que algunos definirían como un desafío, para nosotros es una llamada de Dios que reclama una respuesta obediente, consciente, concreta y activa. Los jóvenes son un llamado de Dios a la conversión misma de la Iglesia entera, no solo de los clérigos y religiosos, sino también de las familias, de los educadores católicos, de las autoridades civiles y de toda la sociedad en general. Las consecuencias de una opción pastoral decidida por los jóvenes es integral y también reclama acciones conjuntas de las instituciones que realmente quieran que los jóvenes reciban y gocen de la plenitud de sus derechos.

Por lo pronto, quisiera invitar a todos los que hoy contemplamos con el amor de Cristo a los jóvenes a que se unan en un solo propósito de superar el egoísmo y las torpezas culpables que han exasperado generaciones de jóvenes desde hace algunas décadas. Hemos decidido romper o poner en mínimos la comunicación en los hogares y en los demás espacios que les corresponden. Buscamos estrategias de inclusión que no son reales porque no contemplan todas las dimensiones de la persona sino solo la satisfacción de algunos placeres y valores, restringiéndoles las verdaderas posibilidades de conocimiento, con programas educativos que proceden por suposiciones pero sin verdadero deseo de ofrecerles las riquezas enormes que la humanidad ha cosechado con su tesón; debilitando sus posibilidades de madurez por la promoción de ideologías que no educan la mente y la voluntad para el crecimiento humano; y recortando su alegría, alejándolos de la posibilidad de

²⁷ Cf. Mt 25,36.39.43.44

conocer a Cristo, el amigo de los jóvenes, que con un grupo de Doce, la mayor parte de ellos menores de treinta años ya algunos de ellos prácticamente adolescentes, logró renovar el mundo.

La pastoral de los jóvenes tiene que ser una opción decidida por “enseñarles todo, darles todo e involucrarlos a todos”.²⁸ Para eso, procuraremos llevar cada vez más competentemente el anuncio de Cristo al mundo de los jóvenes, les ofreceremos las riquezas de la Palabra de Dios y les comunicaremos las cosas que Jesús nos enseñó para que tengamos vida en abundancia. Esperamos un incremento en el número de las comunidades juveniles en plena y perfecta comunión con sus parroquias como primer referente, como corresponde a la Nueva Evangelización. En esas comunidades se estimulará su deseo de actuar por el bien de la sociedad en la que viven y de construir, con sus mayores, un mundo mejor.

Decididamente y sin ambages actuaremos con todo el rigor de la ley de la Iglesia, y en colaboración con las autoridades civiles, contra posibles abusadores que pretendan hacer presa de los que Jesús mismo puso como modelo de discipulado. Nos esforzaremos por prevenir este mal atroz tanto al interior de los ambientes eclesiales como en la sociedad en la que vivimos y, sobre todo, trataremos de hacer que la Iglesia no pierda su rostro juvenil.

La Arquidiócesis cuenta con fortalezas importantes para continuar y para reforzar su compromiso con los jóvenes porque la mayoría de sus sacerdotes son hombres jóvenes, llenos de fidelidad y virtudes, y porque nuestro Seminario Mayor es una comunidad viva y alegre constituida por casi sesenta jóvenes candidatos al sacerdocio, capaces de comprender el mundo juvenil y de compartir sus sentimientos. El Señor nos ayude a ofrecer a los jóvenes todo aquello que les sirva para su crecimiento como personas y como discípulos de Jesús.

Podríamos traer a la mente otras realidades importantes pero evidenciamos estas que nos ocuparán de manera particular. Damos gracias al Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, quien anima a la Iglesia desde sus orígenes y seguirá animándola en sus tareas, iluminándola y fortaleciéndola para que sea fiel también en sus compromisos con la historia.

CONCLUSIÓN

Permítanme terminar esta primera predicación exhortando a toda la Iglesia de Manizales a reconocer que “el Señor es Dios, que Él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño”. Por eso, depositando en Dios toda nuestra confianza, imploremos su asistencia, démosle gracias y bendigamos su Nombre porque, sin duda alguna, Él es bueno, su misericordia es eterna y su fidelidad nos acompaña de generación en generación.²⁹

La Inmaculada Madre de Dios, que custodia los misterios del Hijo encarnado en su corazón y ayuda al resto de sus hijos a penetrarlos con su mirada de fe, acoja nuestra humilde súplica de velar por este ministerio que comienza. San José, su castísimo esposo, nos muestre su patrocinio.

Me encomiendo a las oraciones de todos ustedes.

o.a.m.D.g.

²⁸ Cf. Sistema Integral de Nueva Evangelización - SINE

²⁹ Cf. Salmo 99 (100)